

SEMBLANZA DEL DOCTOR GUSTAVO BAZ*

JOSÉ LAGUNA GARCIA, M. C.**

Gustavo Baz Prada, revolucionario, gobernador dos veces de su estado natal, director de escuelas de medicina, director de hospitales, rector de universidad, secretario de estado, miembro del Consejo de Salubridad General, senador de la República, pero antes que nada, médico, médico con pasión de servicio, con entrega total al enfermo y a la medicina, médico-maestro por excelencia, reformador social, innovador de la educación médica, hombre, en fin, comprometido con su tiempo, el siempre cambiante y sorpresivo tiempo del siglo

xx en México. Aun conociéndolo como lo conocimos, al oír las crónicas de sus logros y leer minuciosamente su currículum, incluso a buena distancia de sus principales aportaciones, resulta difícil medir a ese hombre que trascendió a su tiempo y ya forma parte de la historia.

Su actividad política la manifestó desde muy temprano, en plena juventud, pues en 1914, cuando cursaba el segundo año de la carrera en la Escuela Nacional de Medicina, se involucró en diversas acciones y juntas revolucionarias antihuertistas y en ese mismo año se sumó a las

*Presentada en el homenaje póstumo que le rindió el Consejo de Salubridad General el 12 de mayo de 1988 en la Secretaría de Salud, México.

**Secretario del Consejo de Salubridad General de la Presidencia de la República, México.

huestes surianas al mando de Vicente Navarro, dependientes del general Emiliano Zapata. Al ser derrotado Victoriano Huerta fue nombrado gobernador del estado de México iniciando, de inmediato, importantes reformas: la repartición de tierras a los campesinos del estado, el ordenamiento del proceso administrativo y un fuerte impulso a la que sería una de sus eternas preocupaciones: la educación. En efecto, regularizó los cursos escolares y reorganizó el Instituto Científico y Literario de Toluca, demostrando que la juventud no obsta para tener una visión adecuada de la importancia de la tarea educativa. Aunque siempre se ha dicho que "en materia de educación no hay niños prodigio", en el caso del doctor Baz se da la excepción que confirma la regla, pues no sólo percibe los problemas del momento sino que pone manos a la obra de inmediato y en los breves años de su mandato realiza acciones que inciden en la educación general y en la superior. Es este un ejemplo de algo que sucedió con frecuencia: todos sus actos mostraban una doble virtud: sensibilidad para valorar la situación presente y capacidad ejecutiva para implantar en seguida acciones dirigidas a resolver, a fondo, los problemas.

Lo anterior ocurrió en un corto tiempo, en el espacio que media entre 1913, cuando ingresa a estudiar medicina, 1914, cuando se retira de los estudios, y fines de 1915, cuando deja el poder en el Estado de México ante las acciones militares del general Pablo González. En ese breve lapso, Gustavo Baz muestra rasgos importantes de su carácter, entre los que destaca el del valor, mezcla indefinible de arrojo y desprendimiento juvenil, debido quizás a su brusca toma de conciencia de los destrozados valores espirituales y sociales de la época, al reconocimiento de los odios, las discriminaciones y la honda pobreza prevalentes, generadores de violencia, generadores de una de las luchas fratricidas más cruentas de que se tiene noticia.

Estos dos años de enfrentamiento y contacto con la realidad dejaron en el maestro la impronta que a lo largo de su vida se traduciría en sus constantes llamados a la armonía de los mexicanos, a la justicia social y al apoyo a una población marginada que permanece alejada de un sistema que parece no ofrecerles nada.

El maestro Baz gozó, como pocas personas han

gozado en México, de una gran credibilidad; le creían los ricos y los pobres, los estudiantes y los profesores, los campesinos, los trabajadores, los administradores, incluso cuando les decía cosas que no querían o no les gustaba oír. Son clásicas sus catilinarias llamando al estudio, al trabajo, a la preparación, a la productividad, a ejercer sin límites la responsabilidad de ayudar y estimular al prójimo. Deseo simplemente transcribir a este respecto lo que expresó cuando en 1978 en el Senado de la República se le hizo entrega de la medalla Belisario Domínguez.

En esa ocasión, exigía "hablar con la verdad en todo tiempo, pero más, cuando se trata de las cuestiones que, en una forma u otra, atañen a la salud de la República. . . es muy grande la tentación de auscultar a la sociedad mexicana de hoy para advertir qué tan sano o qué tan enfermo está el cuerpo de la patria. . . desde hace algún tiempo se observan síntomas inequívocos de que México es una sociedad que se halla enferma: el desempleo crece alarmantemente. . . la miseria se multiplica. . . los sueldos y salarios se deterioran a causa de la inflación. . . Ante este cuadro resulta temerario afirmar que se trata simplemente de una crisis de crecimiento. . . ¿de una agricultura que apenas ahora está dando signos de recuperarse?. . . ¿de un mercado interno que se contrae para poner en predicamento nuestro desarrollo?. . . crecen los precios y crece la masa de braceros rozando los límites de la dignidad y de la soberanía nacional. . .".

En la misma intervención señala temas que a diez años de distancia siguen siendo de gran actualidad: la reforma fiscal, la consolidación de la reforma agraria, el avance en la autosuficiencia alimentaria, la definición de los límites políticos, económicos y ecológicos de los estados, y reitera sus conceptos sobre uno de sus temas predilectos, el de prestar atención a la juventud, a la que se debe "orientar y organizar, como un imperativo que no debemos soslayar si pensamos que México es un país de jóvenes y que ellos, los jóvenes, son la patria del porvenir y no deben estar cargados de resentimientos y frustración".

El maestro Baz, miembro de una familia de la clase media, se mostró desde un principio como amigo de las víctimas de la vida, algo que rara vez se observa en gente de su posición. No sólo fue su amigo sino siempre les expresó la gran

confianza que tenía en ellos, en los pobres, los marginados, los millones de campesinos sin acceso a los mínimos de bienestar. Y, acorde con sus ideas, en sus acciones administrativas y políticas demostró que siempre es posible vivificar y enriquecer a las comunidades.

El maestro Baz mostró constantemente un gran potencial; fue pragmático con los poderosos y compasivo con los pobres y los humildes; fue uno de los pocos mexicanos que podía exigir apoyo gubernamental sin parecer radical y al mismo tiempo, exigir autorresponsabilidad sin parecer reaccionario.

Es posible que nunca conociéramos las motivaciones más íntimas que impulsaron a Gustavo Baz a abandonar familia y estudios para involucrarse en la lucha revolucionaria. Al contemplar a lo lejos la vida entera del maestro parecen un motor más importante las razones de interés nacional y las causas sociales que las posibles ventajas individuales o sus personales ganancias políticas. Su valentía estaba al servicio de los más elevados principios pero, al mismo tiempo, sentía la urgencia por mantener un alto grado de respeto a sí mismo, por preservar una reputación de integridad. El posible egoísmo presente en tales acciones (hasta ahora a nadie se le ha pedido que quiera al prójimo más que a sí mismo), en caso de existir, fue un egoísmo útil como apoyo de su conciencia, de su código personal de ética o de su integridad, como quiera que desee llamarsele, de manera que siempre creyó que el curso de su acción era el más conveniente y que en último término —como resultó en la realidad—, sería juzgado favorablemente por la historia.

El interés de la sociedad a consecuencia de las acciones del maestro Baz siempre fue bien atendido pues nunca actuó como un político que no desea ni el bien común ni el suyo propio; tampoco su personalidad corresponde a la del político con afanes de ascenso personal limitados y que se satisface con los simples ritos burocráticos. Al maestro Baz siempre le sobró respeto por sí mismo, valor y determinación; de ahí su espíritu comprensivo, su actitud crítica, su capacidad de liderazgo y sus dotes de conciliador.

Las mismas cualidades que lo involucran en la política revolucionaria le dan la perspectiva y la fuerza para dejar el poder, la gubernatura del

estado de México, y retomar lo que sería siempre el eje de su vida, la medicina.

Hubo otro momento crítico en la vida del maestro y que requirió enorme coraje, su intervención como Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Previamente había ocupado la Dirección de la Escuela de Medicina por dos años, 1935 y 1936, en momentos de grandes conflictos. La gran inestabilidad reinante, al grado de que en unos meses se sucedieron tres directores del plantel, y la profunda desorientación del estudiantado inducida por diversas y contradictorias corrientes, eran causa de serios desórdenes. Las tendencias políticas del momento eran las del intolerante extremismo y varios funcionarios e ideólogos trataban de ahogar a la universidad a través de diversos medios. Uno de ellos, el más peligroso, fue el amenazar la libertad de cátedra. Más aún, la ríspida voz de algunos líderes de extrema izquierda exigían con ahinco la clausura de una institución considerada por ellos como "elitista y alejada de las necesidades del pueblo".

La respuesta del maestro fue una clara expresión de su rara habilidad para conciliar y apaciguar el problema estudiantil y buscar la cooperación y no el enfrentamiento con las autoridades del gobierno. Su estrategia era directa y de alto riesgo pues había que contender con individuos inconformes por sistema y con políticos altamente interesados en obtener posiciones de fuerza y garantizar su futuro personal. El camino escogido por el director Baz se basó en su eterno *leitmotiv*: implantar la disciplina, exigir el cumplimiento de los deberes académicos, requerir promedios mínimos para el ingreso a la escuela e inclusive, hecho admirable entonces y siempre, implantar un examen de admisión.

En esa época la enseñanza médica y el país estaban muy atrasados en materia de educación en general y de educación médica en particular; no se consideraba a la tarea educativa como fruto del conocimiento, la investigación, la disciplina y el profesionalismo. Sin embargo, el maestro Baz, actuando sobre las simples bases de su sentido común y su experiencia, se orientó a exigir más altos niveles de estudio, el mejor cumplimiento del trabajo práctico cotidiano y el fortalecimiento del contacto entre el profesor, el alumno y el paciente. Estas acciones, emanadas

de su gran estimación por los jóvenes estudiantes y de su no menor sentido del deber con los enfermos, dieron logros sorprendentes en materia de organización, superación académica y compromiso de servicio. Como de costumbre, el maestro pensó con claridad y actuó con rapidez.

Faltaba la prueba más dura cuando los ataques a la Universidad se redoblaron en 1938 y fue elegido por aclamación para ocupar la rectoría. Logra un triunfo político al persuadir al Presidente Cárdenas de que la vida de la Universidad es parte de la vida de México y que su cierre resultaría inadmisibles en un país hondamente comprometido con el progreso, la paz social y la justicia. Recibe el apoyo de la presidencia tanto para frenar los intereses de grupos aislados que amenazaban a la institución, como para reorganizarla financiera, administrativa y académicamente. En menos de dos años se elevan los niveles académicos, se controla el problema de los alumnos "irregulares", se imponen requisitos y exámenes de selección, se apoya a los maestros con vocación y dedicación a la tarea docente, y se dignifica en fin, la desviada e imprecisa imagen que hasta ese momento se tenía de profesores y estudiantes.

Al tomar posesión el Presidente Avila Camacho en diciembre de 1940, el maestro renuncia a la Universidad para ocupar el cargo de Secretario de Asistencia, antecedente directo de una de sus más importantes obras, la fusión de dicha Secretaría con el Departamento de Salubridad, para crear en 1942 la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Esta unificación resulta de la mayor importancia pues en un mundo dividido entre lo asistencial —el cuidado de los individuos y especialmente de los enfermos— y lo sanitario —el cuidado de las poblaciones con énfasis en la preservación y la promoción de la salud colectiva—, el maestro libró la gran batalla para convencer y después realizar la unificación de programas con un objetivo común, la salud integral del hombre. Se borraron así conceptualmente y en la práctica, los artificiales límites de la medicina preventiva, curativa y rehabilitatoria, los de los problemas individuales y los comunitarios, los de naturaleza orgánica, psicosocial o ambiental. El paso final, consecuencia de este primero, fue la conformación de la Secretaría de Salud, producida en 1985, que implica algo más que un cambio de

nombre; es la expresión de un esfuerzo coordinador para abordar y resolver integralmente todos los problemas de salud a que se enfrenta nuestra sociedad.

La acción visionaria del maestro Baz, al fundir la asistencia con la salubridad, significó un enorme salto hacia el futuro; ya señalamos la transformación de la dependencia en Secretaría de Salud en 1985, pero años antes, en 1978, en Alma Ata, todos los países del mundo se comprometieron a alcanzar la salud para todos en el año 2000 con base en una estrategia de atención que implica el concepto integral de la salud en cuanto al cuidado de los enfermos, el combate de la desnutrición, las campañas de vacunación, la dotación de agua, el saneamiento básico y la capacidad de los sistemas de salud para ofrecer servicios de calidad adecuada a toda la población. En el mismo documento de Alma Ata se determina la necesidad de vincular las tareas institucionales con la participación comunitaria, hecho notable pues en 1936 Gustavo Baz, como Director de la Escuela Nacional de Medicina, lanzó el Programa de "Servicio Social de Pasantes para las Escuelas de Medicina" en vigor aquí desde hace más de 50 años y duplicado y/o adoptado desde entonces en muchos otros países.

Vale la pena releer los planteamientos iniciales del programa de los pasantes y confrontarlos con los principios de Alma Ata y las ideas más modernas con respecto a los modelos de atención médica y al cuidado de la salud. Los objetivos del Servicio Social fueron:

- 1o.— Contribuir a lograr una distribución conveniente de los médicos en el territorio nacional.
- 2o.— Ejercitar labor de educación higiénica y médica.
- 3o.— Proporcionar atención médica individual y colectiva.
- 4o.— Ofrecer servicios médicos curativos.
- 5o.— Desarrollar investigación médica y sanitaria de aplicación práctica.
- 6o.— Colaborar a la elaboración de estadísticas médicas".

Ante los servicios prestados a la nación por Gustavo Baz, debemos reconocer lo adecuado de su decisión de pasar de Rector universitario a Se-

cretario de Asistencia; pero la decisión fue difícil, pues en ningún momento intervinieron afanes personales, ambiciones o la búsqueda del poder. El dilema residía en la selección del puesto donde podía cumplir mejor su compromiso para atender las ingentes carencias nacionales. Las tareas universitarias y gubernamental difieren mucho en concepto y ejecución: la primera busca el conocimiento para identificar las verdaderas necesidades de la sociedad y planea a mediano y a largo plazos la formación del personal para la solución de los problemas; el espíritu gubernamental trata de atender las demandas sentidas y disminuir las presiones sociales y favorece de preferencia las soluciones inmediatas y los logros cotidianos efectivos.

El maestro Baz, al dejar la Universidad y aceptar el cargo público salió de una nueva encrucijada a la que sólo se enfrentan los individuos de elevada estatura intelectual y moral. En su decisión de pasar de la Universidad a la Secretaría, intervino, sin duda, su gran capacidad para comprender y ponderar las posibilidades de acción en el seno de una situación académica, profesional o política. Seguir en la Universidad implicaba llevar aun más adelante lo ya iniciado, sus empeños en relación al nivel académico y las responsabilidades de alumnos y profesores, y requería sobre todo, de gran paciencia pues se necesitan muchos años para ver los frutos de una labor educativa. El gobierno, por otro lado, ofrecía posibilidades inmediatas de acción; el análisis de la situación internacional, con una guerra mundial que llevaba más de un año de ser librada, predecía para México importantes compromisos y oportunidades, más aún viviendo un México que en esos años y debido en gran parte a la energía y la orientación impuestas por el Presidente Cárdenas, entraba a una época de estabilidad, progreso y producción.

Su decisión se inclinó por el camino que abría mayores espacios a un hombre como él, motor inagotable, emprendedor y luchador permanente. Su papel como funcionario fue ejemplar: planeó y construyó una red nacional de centros hospitalarios que incluía hospitales generales centrales universitarios, hospitales generales regionales y hospitales generales rurales. Buscando la excelencia en la atención médica en la que por fuerza debe-

rían considerarse las actividades de enseñanza e investigación, el Secretario Baz puso en marcha los tres primeros institutos de gran tradición y grandes logros, el de Nutrición, el de Cardiología y el Infantil, y sentó las bases de un Centro Médico Nacional. La consolidación de los hospitales de alto nivel y de los institutos permitió uno de los cambios más profundos realizados en el país en materia médica. Sin embargo, el recurso físico, los modelos de atención y los servicios mismos no pueden ir más allá de lo que permite el componente clave de la cadena: la preparación y la capacidad de los recursos humanos. Aquí la administración del Secretario Baz dejó profunda huella; se implantaron las residencias médicas, única forma aceptada y aceptable para formar profesionales de alta calidad. Además, el conflicto bélico mundial abrió una oportunidad para enviar médicos jóvenes mexicanos fuera del país, especialmente a los hospitales de los Estados Unidos, para recibir una preparación científica y técnica acorde con los progresos de la medicina de esos días.

El maestro Baz y sus colaboradores y amigos más cercanos tuvieron gran éxito en su extraordinaria labor de reclutamiento y de acomodo de centenares de médicos en diversas instituciones extranjeras. Quedaron así sentadas las bases para el desarrollo de la capacidad local en la formación de los especialistas, tarea que en la actualidad forma parte indisoluble de las labores de todas las instituciones de salud de nuestro país. A este respecto, insistió Gustavo Baz en que lo importante era lograr su mayor capacitación, independientemente del hospital donde fueran a trabajar, inclusive aunque hicieran de lado compromisos previamente establecidos; lo importante, decía él, es que regresen a trabajar en México, a trabajar por México y para México.

Estas acciones le valieron al maestro Baz, como a pocos individuos, la aprobación general de la sociedad y, al mismo tiempo, su muy personal satisfacción de haber cumplido con excelencia con un deber público, consciente de que el juicio histórico le sería favorable, no tanto por haber satisfecho sus esperanzas y aspiraciones individuales sino porque a través de sus esfuerzos pudo hacer algo por el pueblo mexicano, al que tanto amó durante toda su vida.